

Rubi Guerra

Me gustan las estructuras complejas

Entre sus obras:

El avatar, (1986); *El mar invisible*, (1990); *Partir*, (1998) y *El discreto enemigo*, (2001).

Poética de la escritura (ars narrativa)

En sentido estricto, no tengo nada que pudiera llamarse una poética, entendiéndola como un programa, un ideal al cual se ajustarían las obras concretas. Sí hay, en cambio, algunas recurrencias temáticas y estilísticas en mis diferentes libros, y desde ese punto de vista pudiera hablarse de un «ars narrativa» a posteriori. Oscilo entre una expresión escueta, directa, y otra más elaborada, hasta cierto punto barroca, con elementos de la oralidad. En ambos casos, mis ficciones tienden a ser poco estridentes (al menos, a partir de mi segundo libro) y a seguir caminos indirectos para construir sus significaciones. La sugerencia, lo no-dicho, lo que se oculta, juega un papel central. Me gustan las estructuras complejas, no lineales. Todo suena bastante contradictorio y tal vez lo sea, pero me siento cómodo en esa contradicción.

Influencias

Tendría que diferenciar entre autores u obras que me han influenciado directamente y aquellos que me gustan, sin que impliquen una marca en mi propia escritura. Trataré de referirme solamente a los primeros. Un trío: Joseph Conrad, William Faulkner y Juan Carlos Onetti. Creo haber aprendido de ellos el manejo del punto de vista y cómo se relativiza y se transforma una historia a través de éste. También sus mundos cerrados y opresivos han encontrado fuertes resonancias en mis propios libros. Luego otros a los que siempre vuelvo: William Shakespeare, Günther Grass

(por *El tambor de hojalata* y *Años de perro*), Franz Kafka, los cuentos de Ernest Hemingway y los de Gustavo Díaz Solís. Y sería injusto dejar por fuera a dos novelistas policiales: Raymond Chandler y Ross McDonald.

Narrativa contemporánea venezolana

Desde mediados de los 80 nuestra narrativa viene haciendo un esfuerzo sostenido por liberarse de cierto textualismo que predominó a partir de los años 70 y que apostaba por la incomunicación, quizás de manera inconsciente. Pienso que esto fue el resultado de lecturas francesas mal digeridas. Por fortuna, aún en ese período tuvimos autores que no se plegaron a la moda (por ejemplo José Balza y Denzil Romero, para citar dos con estéticas casi opuestas) y continuaron produciendo obras que dialogaban con los lectores y no sólo consigo mismas. La reacción contra esta tendencia produjo, muchas veces, cuentos y novelas banalmente anecdóticas, sin la necesaria tensión del lenguaje que debería caracterizar una obra literaria. Siento -y es sólo una intuición, no podría demostrarlo- que en el momento actual hay una búsqueda del equilibrio entre el lenguaje y las historias. Naturalmente, que se logre ese ideal depende del talento de cada quien, y como en cualquier parte del mundo tenemos autores malos, buenos y regulares, más o menos capaces. Sin embargo, soy optimista: tenemos un grupo de autores que trabaja con seriedad y constancia, con conciencia del oficio, y eso, más temprano que tarde, dejará ver sus frutos.

Narrar en estos tiempos

No participo de la superstición de que nuestro tiempo es el peor de los tiempos, en el que el ser humano, el arte o la literatura no tienen cabida. Hay, cuando menos, dos o tres épocas o lugares en los que no me hubiera gustado nacer. Narrar en estos tiempos es más o menos lo mismo que hacerlo en cualquier otro: un ejercicio profundamente personal y conflictivo de indagación sobre el mundo y sobre sí mismo, no mediante la reflexión o el pensamiento sino por la más modesta vía de la creación de ficciones. Esta indagación, con suerte, encuentra eco en las emociones, en la imaginación, en la visión del mundo de ese otro lado del espejo que son los lectores, compañeros de aventuras de los narradores desde los tiempos de las cavernas.

Qué hacer por la paz

La paz absoluta, como la democracia perfecta, es imposible, lo que no quiere decir que no haya que luchar por ellas. ¿Tenemos que hacer algo, en cuanto narradores? Lo dudo. Las posibilidades de un cuentista o novelista de influir sobre la paz mundial o nacional son ridículamente limitadas. Pero sí podemos hacer mucho en cuanto ciudadanos de un país y habitantes de un planeta: no someternos pasivamente a las prácticas políticas que conduzcan a la guerra o la confrontación (el discurso maniqueo y superficial que profundiza las diferencias ya existentes), dejar oír nuestra voz por mayor democracia y menor exclusión y desigualdad. Y, por supuesto, expresar nuestras opiniones con claridad e independencia sobre los asuntos públicos.